

Cuando esto ocurre es el individuo el que más pierde, pues el hombre siempre tiene que reconcentrarse en sí mismo. La sociedad, una vez que ha hecho por él lo más que puede en la esfera política y económica, lo deja a solas, en compañía de sí mismo. Ya que la más digna función del gobierno democrático es garantizar los derechos sagrados de la personalidad de todo individuo, el acto final de tal régimen es retornar el hombre a su propio ser, devolverlo al retiro que es su prerrogativa. Si al hombre se le educa para la sociedad en que vive, también se le educa para esa soledad inevitable, para las horas en que él se descubre a sí mismo.

Lo paradójico de la literatura está en que mientras que intensifica el placer del hombre como animal social, enriquece también sus momentos de soledad. En las horas vitales de su vida, él busca la información de actualidad. ¿Pero en qué consiste ésta? Algunas épocas han sido más fructíferas que otras y han expresado mejor ciertas verdades. En la época en que uno mismo vive, ciertas voces del espíritu humano pueden pasar inadvertidas. De allí que para estar realmente al día en lo que realmente importa, tengamos que trasladarnos a la época en que se produjo lo mejor sobre el conocimiento que buscamos. ¿Quién, por ejemplo, fué más moderno en el año 1611: el hombre que creía en las ideas científicas entonces corrientes sobre la circulación de la sangre o el que había leído el discurso de Hamlet sobre "Qué pieza de obra es el hombre," o la versión inglesa del salmo N^o 8 sobre el mismo tema?...

Como observó DeQuincey, en su famosa distinción entre la "literatura del conocimiento" y la "literatura del poder", "Una buena máquina de vapor puede ser superada por otra mejor, pero un bello valle pastoril no puede ser superado por otro, ni una estatua de Praxíteles por otra de Miguel Angel." Y así, indica él, la literatura más sublime nunca envejece ni pierde su actualidad...

Hay otra razón por la cual debemos conocer la literatura del pasado si deseamos mantenernos al día. Aunque nos convenga o no, mucho del mejor pensamiento de nuestra propia época lo expresarán individuos que suelen conocer los autores de otras épocas. Sus observaciones se darán, por lo tanto, en símbolos y citas que se convierten en jeroglíficos

incomprensibles para los que ignoran nuestro pasado literario.

En el legado ininterrumpido del pasado literario, encontrará todo estudiante verdadera "orientación", orientación llena de significado concreto, no las generalidades que a menudo degeneran, como lo indica W. B. Monroe, en la "hibridización de la historia, la política, la economía, la virtud y la higiene sexual." Al adelantarse para captar lo que es y lo que puede llegar a ser, el joven se humaniza; experimenta entonces un Renacimiento de todo el pasado y un despertar que lo coloca en el camino de las cosas grandes...

CONCLUSION

En la presente exposición sobre la importancia de las bellas letras, hemos sostenido que éstas son parte vital de ese cultivo armónico de la personalidad humana que constituye el ideal de toda educación. No se las debe descuidar si se quiere formar hombres libres para una democracia libre. La literatura no es rival sino partícipe de todos los esfuerzos sociales y científicos que tienen por meta común el enriquecimiento de nuestra existencia. Puesto que los estudios literarios enriquecen nuestro acervo de experiencias y conocimientos sobre la vida humana, acerca de tierras y pueblos extraños, en asuntos de criterio valorativo y respecto del pasado, su valor es inapreciable. Ellos sirven al hombre en el mundo de las cosas prácticas en que tiene que vivir, lo capacitan para el ejercicio de la ciudadanía y le proporcionan, por lo que respecta a la aventura intelectual, verdaderas alas al espíritu.

Concebir la educación como aquí la concebimos, es colocarla en un plano muy elevado. Pero una multitud de casos y ejemplos nos inducen a hacerlo. En meses recientes muchos extranjeros han estado arribando a nuestras playas. En la manera cómo soportan el desánimo y las penurias se percibe, entre ellos, cierta diferencia. Algunos se confunden y horrorizan con los sucesos de la actualidad; otros hacen frente a la adversidad sacando fuerza de su coraje innato; y otros, por fin, hallan sostén de otro modo. Estos últimos, en su angustia, encuentran grandes alianzas en el pasado; no se sien-

ten solos, porque sus cerebros están repletos de recuerdos de lo que han leído. Voces de libertad se levantan del pasado para decirles, a manera de consuelo y de acicate, que hay ciertas cosas que están por encima de la tiranía, porque viven eternamente en el espíritu del hombre. "A pesar de las diferencias de suelo y clima, de idioma, costumbres y leyes, a pesar de lo que silenciosamente se ha esfumado y de lo que ha sido violentamente destruído, el Poeta, con su pasión y conocimiento, une el vasto imperio de la sociedad humana, esparcido por todos los confines de la tierra y a través de las edades." Así escribió Wordsworth en 1800. Y dos siglos antes, un compatriota suyo había notado que "para el hombre sabio todo lugar es patria, y para la mente serena toda morada es un palacio."

La libertad humana descansa no sólo en estatutos e instituciones. Descansa sobre el recuerdo y el legado secular de la especie, sobre la voz de esa confederación humana que, regada por muchas tierras y a través de muchas épocas, ha sido dada a conocer por la literatura. Progresivamente hemos estado olvidando ese legado, tratando de vivir como niños sin padres ni maestros que los guíen. En una declaración de su fe en la educación liberal, que apareció en un número reciente de *American Scholar*, Wendell Wilkie, sin ambages, nos presenta el problema: "Cuando nos paseamos a través de las edades, cuando ponderamos las enseñanzas de un gran pensador o absorbemos el significado de una gran composición poética, artística o musical; cuando vivimos estas cosas y con ellas medimos nuestro valer, entonces y sólo entonces ingresamos al mundo de los libres" Tal es la verdadera libertad que codiciamos para nuestros hijos.

Al pie de la Estatua

POR EUCLIDES CHACÓN

En la crónica de nuestra historia destacan fechas que por su trascendente significado en la vida nacional, han de recordarse con patriótica veneración. Así nuestro quince de setiembre viene siempre oportuno para advertirnos que somos un pueblo libre que debe mantenerse vigilante y dispuesto a luchar por su libertad. Ciertamente, que para nuestros antepasados la Independencia no les significó lucha alguna; les llegó la Independencia como un presente de los dioses, y aquí, en nuestro parroquial ambiente, tal nueva, por lo inesperada, se apreció como algo extraño, algo desusado, algo ininteligible: de ahí la sorpresa, las primeras vacilaciones, los temores y aquello de los "nublados del día."

Pero débese considerar que esa fecha significaba para Costa Rica la asunción de sus derechos de mayoría. Hoy decimos esto con familiar sentido, pero en los tiempos del 800 gentes y cosas respiraban un suave y sencillo provincialismo colonial y la conciencia ciudadana no había madurado la espléndida idea.

Pero, en realidad, nada importa la fecha, ni siquiera la hora; lo que importa es la resolución del hombre, la voluntad de todo un pueblo para sentir y luchar por su libertad; el pueblo costarricense pudo entonces no haber apreciado en toda su magnitud la trascendencia de la fecha, con la cual finalizaba una etapa y se iniciaba otra que pertenece al porvenir; pero la inquietud y la indecisión de los primeros días bastaron para borrar la sorpresa y afianzar el entusiasmo y la voluntad de ser libres. Y esto es suficiente para dignificar a un pueblo. Desde entonces el costarricense es libre, porque en aquel alborar de setiembre del 21, la Independencia no buscada fué tenaz y valientemente defendida.

Muchos no creen en los hombres providenciales; pero lo cierto es que en lo arcano del alma humana existen fuerzas de espiritualidad desconocidas, fuerzas de sacrificio y altruismo no sospechadas; y estas fuerzas se manifiestan inesperadamente, ajenas a nuestro albedrío, pero con la oportunidad y la exactitud del Sol en el amanecer. Ellas son las que, en el curso de la historia y en el minuto trágico, sitúan a Ricaurte en San Mateo, a Nelson en Trafalgar, a Sucre en Ayacucho, a Santamaría frente al Mesón de Rivas. Concurrén estas fuerzas superiores en aquellos momentos únicos en que se decide de la suerte de las causas nobles; atalayan, por decirlo así, el paso de los hombres y les asisten en sus crisis y en sus tribulaciones.

Héroe puede ser cualquiera a condición de que la sangre que fluye por sus arterias se inflame de ardor divino en el instante del sacrificio. ¡Así se salvan los pueblos!

Concurrimos en este quince de setiembre ante el monumento del Tambor Juan; concurrimos porque este monumento es como un abrevadero del patriotismo para los costarricenses; porque este monumento no es sólo un homenaje a nuestro máximo héroe, sino que también simboliza la voluntad del pueblo costarricense de ser libre, de pelear por su independencia.

Sabemos que no basta la simple condición de ser libre para sentirnos seguros y garantizados en nuestros derechos. Se hace preciso vigilar nuestra libertad, cuidarla con paciente celo; se hace preciso escudriñar el horizonte cada momento a fin de que no nos sorprendan la traición de los vendepatrias ni la soberbia y crueldad de los ambiciosos; las horas que vive la humanidad son decisivas; horas como aquellas que en todas las épocas y en todos los pueblos sitúan a los hombres buenos en las trincheras de los rebeldes o en el altar sangriento de los mártires; son los presentes días de prueba, de dolor, de penitencia durante los cuales la amenaza del Anticristo es como nueva espada de Damocles.

Por eso acudimos ante este monumento del Tambor Juan, porque nos parece que desde el mechón de bronce que sostiene en su diestra ha de surgir el manantial de luz que aclare nuestro sendero en este caminar por entre penalidades. Con Santamaría nos une un juramento de patriotismo: él fué el primero al sacrificio, él fué el primero a la inmor-

talidad porque él fué el primero en sentir el aliento de Dios frente a las metrallas bucaneras; en el juramento que nos liga a Santamaría no debe haber sino una fuerza de inspiración y de confortamiento; él nos recuerda su muerte sublime no sólo como un hecho digno del bronce, sino, también, como una realización patriótica significativa. Con el espíritu de Santamaría pelean millones en los campos de batalla del mundo; con la resolución heroica de Santamaría caen millares, también, frente a las fortalezas que alzó el despotismo. Santamaría es un ejemplo entre mil, pero suficiente para demostrar que en el hombre, por adversas que sean las circunstancias, persiste el soplo de Dios como potencia para su santificación. Frente a Santamaría y a los millares de Santamarías que hoy recogen las tierras de todos los países libres, se alzan con el tridente amenazador de su barbarie, los eternos espoliadores del hombre, los nunca muertos tratantes del tormento y la esclavitud; de esos de quienes el apóstol Lucas dice que: "Satanás los ha perdido para zandearlos como a trigo!"

Hoy estamos al pie del Tambor Juan: no hemos venido a hacerle el homenaje que se merece; hemos venido a aprender con la visión eterna de su actitud el ejemplo admirable de los hombres libres; y como queremos seguir siéndolo, aquí estamos abrevando con honesta sed el patriótico coraje que le llevó al sacrificio: él a la muerte y a la inmortalidad; nosotros a la vida y a la dignidad!

Pasarán los hombres y pasarán los tiempos, pero su actitud en el bronce perpetuada será como un llamamiento a la conciencia de aquellos que en las grandes ocasiones forman la vanguardia de los héroes, los salvadores del género humano.

15 de setiembre de 1943.

Dos cartas sobre Santamaría

POR EUCLIDES CHACÓN Y SOFONÍAS SALVATIERRA

Alajuela, C. R., Abril 14 de 1942.

Señor don Sofonías Salvatierra,
Managua, Nicaragua.

Distinguido señor:

Mi propósito al dirigirle la presente interesa a la historia de Centro América, pero en especial a la de nuestros países, pues trata de esclarecer el hecho heroico del soldado tico Juan Santamaría en la memorable acción de Rivas el 11 de abril de 1856; me refiero al incendio del edificio denominado Mesón de Guerra, y que constituyó factor principal de triunfo para las armas centroamericanas coaligadas contra las huestes de William Walker.

A pesar de la autenticidad de los testimonios aportados desde aquellos tiempos hasta nuestros días, aun existen quienes duden de la realidad y con sus dudas denigren la memoria el compatriota voluntariamente inmolado en Rivas. Aun cuando para la mayoría de los costarricenses el sacrificio de Santamaría reviste certidumbre indudable, los interesados en mantener vivo el culto al soldado heroico, no queremos que se desconozcan cuantos testimonios esperan todavía publicidad y en ello no escatimamos esfuerzo ni diligencia con tal de servir con lealtad nuestro propósito.

Por una feliz casualidad puedo dirigirme a Ud. en este sentido, sabedor de que no negará cualquier servicio a la historia de nuestras patrias y estando en la posibilidad de hacerlo en forma eficiente y brillante, puesto que en esa capital no faltarán sobrevivientes que presenciaron aquellas jornadas gloriosas y conserven fresco el recuerdo de su vida

en los campos de combate. Su testimonio —no se le oculta a usted— es hoy preciosísimo, pero yace en la intimidad de sus memorias, archivo casi olvidado ya pero que reclama su publicidad como la mejor manera de servir una vez más a su patria mayor. Nosotros, sus descendientes, preocupados por estas cosas de la historia, no debemos permitir que tales pruebas queden borradas por el silencio de la tumba.

El Lic. Juan R. Juzmán me refiere emocionado de su viaje a ese bello país hace como un año, y cuéntame de su visita a Ud. y su conversación sobre temas históricos, especialmente de nuestra Campaña Nacional de 1856. Me afirma el Lic. Guzmán que su señor padre de Ud., noble varón de serena ancianidad, recuerda con detalle y firme visión, el hecho de Santamaría en Rivas el 11 de Abril de aquel año, pues presenció la acción personalmente.

Como alajuelense, como costarricense, estoy interesado en esclarecer todo lo relativo a Santamaría, quien, realmente, al alzarse hacia el infinito en alas del sacrificio, ha dejado de ser un héroe nuestro para convertirse en centroamericano.

El Instituto de Alajuela reconocerá a Ud. los gastos que demande la certificación legal y diligencias personales con que nos honre, a fin de cumplirla con el contenido de esta carta.

Personalmente, agradezco a Ud. la favorable acogida que sin duda le merecerá mi solicitud, dados la gentileza y el espíritu de servicio característicos en usted.

Deseando para los suyos toda clase de felicidades, tengo el honor de suscribirme su muy atento servidor,

(f.) **Euclides Chacón Méndez**

Managua, Nicaragua, 28 de julio de 1942.

Sr. Profesor Euclides Chacón,
Alajuela.

Distinguido señor:

Pido a Ud. mil excusas por no haberle contestado su estimable carta referente a Juan Santamaría, sino hasta hoy.

Lo que yo sé es lo siguiente: Mi madre, don Manuel Borge, estaba en Rivas el 11 de abril de 1856, día en que los ejércitos de Mora derrotaron a Walker, y él ha dicho en varias ocasiones, haciendo crónicas de aquellos sucesos, que al día siguiente se refería públicamente que Juan Santa María le había pegado fuego al mesón del señor Guerra la noche anterior.

El señor Borge, que tiene ya más de cien años de edad, y que todavía vive, tiene escritas sus "Memorias", y en ellas deja constancia de este hecho histórico. Los filibusteros estaban parapetados en ese mesón, y desde allí sus rifleros mataban a los nuestros con toda seguridad. Incendiada la casa, la victoria quedó en favor de Mora y del patriotismo centroamericano.

Parece que la actitud heroica del **erizo** no fué inmediatamente apreciada por los jefes, en el mismo momento, porque la callan en sus partes. Pero como hecho histórico, a mi juicio, no queda duda de que es una de las más hermosas páginas que adornan la historia de nuestros pueblos. La calidad del testimonio y de quien lo da, nada menos que un testigo presencial perfectamente caracterizado, hacen prueba en la historia. No la podemos catalogar entre las pruebas tradicionales, tan inútiles y detestables, porque el testigo es de vista y ha escrito su declaración, no es referencia sin más apoyo que el dicen, que dicen, que dijeron, forma ésta, por ejemplo, con que se ha asegurado, que el Padre José Matías Delgado fué el caudillo del alzamiento de San Salvador en 1811, siendo, como es, documentalmente falso.

Yo sirvo aquí varias cátedras de Historia, entre ellas la de Centroamérica, y siempre he explicado el caso de Juan Santamaría como un hecho cierto. Ahora estoy escribiendo un texto para la enseñanza de esta asignatura, y allí lo diré. Imagínese Ud., que yo padezco de la monomanía de amar mucho a Centroamérica.

Dispense Ud., señor, mi tardanza, y si en algo puedo serle útil, muy grato será para mí.

De Ud. afectísimo servidor,

Sofonías Salvatierra

EL VERANO

POR MODESTO MARTÍNEZ

Este verano ha sido uno de los más terribles que hayamos visto en Costa Rica.

Las praderas están secas; los árboles mustios, el aire cálido. Hay como una gran tristeza en todo: en la naturaleza, porque le falta el agua que es su alegría; en los corazones, porque presentimos la penuria y escasez a que dará lugar la casi segura pérdida de las cosechas.

Han desertado de la ciudad sus más simpáticos huéspedes: los pájaros.

Hay varias especies de pajarillos que son extremadamente ciudadanas; les gusta vivir entre los hombres, casi en contacto con ellos.

Los yiguirros anidan en los arbustos de los jardines minúsculos; los soterreses tienen sus amores en la misteriosa penumbra de las grietas de los adobes; los bobillos tejen la maravilla de sus nidos en las ramas de los mirtos; los caciques naranjeros deslumbran con el gualda de sus plumas a las gentes que pasean en los parques; las graciosas cazadoras, en sus inquietos revuelos, son el encanto de los chiquillos que las persiguen creyendo a cada momento que las van a coger; las viudas cazan insectos en los aleros; y como ésta, varias especies de pájaros viven aquí, con nosotros, entre el humo de las chimeneas y el ruido de los talleres y las persecuciones activas de los chiquillos.

Pero con la larga sequía los pájaros han emigrado de la ciudad; estaban muriéndose de hambre y estaban llenos de nostalgia de lo verde.

Todo en la ciudad es ahora gris. Por eso han emigrado los pájaros, por eso sólo unos pocos se han quedado como si algo misterioso los atrajera.

Un viajero yanqui nos decía sorprendido:

—¿Dónde están los pájaros? No veo uno solo en los parques y jardines.

—Han emigrado, le dijimos. La sequía ha ahuyentado de la ciudad a esos amables compañeros y están ahora en las montañas, ansiosos del verdor del bosque.

—¿Pero en Costa Rica hay muchos pájaros?, nos preguntó.

—Tenemos más de ochocientas especies; más especies que las que viven en toda Europa junta.

EL COMEMAIZ

POR AGRIPINA CHEN APUY

Sus cercanos parientes son el canario, el mozotillo y el zetillero. Se le ve frecuentemente por todas partes en nuestra Meseta Central; así en las montañas como en los valles. Con igual entusiasmo canta en la laguna superior del Volcán Poás, que sobre el tejado de nuestras habitaciones, De noche, cuando todo parece dormir un sueño tranquilo, el comemaíz, rompe el silencio con sus notas agradables: ¡Píopío... pipipí...! o ¡Curí Curí,... cuío, cuí!...

Por las mañanas se le puede ver en los jardines y calles de las poblaciones caminando a saltitos, picoteando, a veces escarbando con marcado interés, en busca de las larvas y semillas diminutas y, cuando presume algún peligro, salta con rapidez, ayudándose ligeramente con las alas que abre de manera casi imperceptible.

Tiene la cabeza rayada a lo largo de gris y negro; el pico es de forma cónica, apropiado para descascarar semillas; la garganta y el abdomen son de color blanco, que se torna castaño hacia los costados; tiene un collar de herrumbre por encima, y negro por debajo.

Estas tintas de herrumbre y negro se mezclan en rayas longitudinales en las plumas del dorso y de las alas. Por eso algunas gentes en vez de comemaíz, lo llaman "rayado." No acepta los cajoncitos que se le ofrecen para anidar. Sin embargo el comemaíz comienza ya a anidar en San José en los huecos de las paredes de ladrillo, a unos 4 metros del suelo, protegiéndose así contra la persecución de sus peores enemigos, los gatos.

Cuando uno asciende por las faldas de las montañas que rodean el valle central, encuentra el comemaíz en todos los potreros y desmontes nuevos. A la presencia del viajero abandona por un instante su tenaz búsqueda de alimento

y se posa sobre un tronco seco, levanta el copetito que adorna su cabeza, y da al viento su canto placentero: ¡Curí, curí... cuío, cuío...!

Durante los meses comprendidos entre abril y agosto estos pájaros se muestran más comunicativos y vivaces, desplegando en esta época todo su cariño por fabricar el nido, empollar los huevos y crear sus pichones.

Anida el comemaíz en las ramas bajas de los árboles y en los arbustos de los solares y huertas. El nido lo fabrica con ramitas secas, briznas de zacate, pajas y otras materias semejantes; en su interior pone crines de caballo, blandas plumas de gallina o de otras aves. A veces se aprovecha de otro nido viejo, pero siempre reconstruye el colchoncito interior.

Pone de 3 a 5 huevos, que son de color verdoso, con manchitas color salmón. A este pájaro se le da el nombre de comemaíz porque se le encuentra con frecuencia en las milpas nuevas y los campesinos creen que troncha los tallos tiernos del maíz. Es muy posible que el daño que se le atribuye lo hagan las larvas subterráneas, pues hemos observado que el comemaíz busca con diligencia orugas que mata golpeándolas contra el suelo, para alimentar a sus pichones.

Estos pajaritos recogen gran cantidad de semillas perjudiciales en los campos de cultivo y en los jardines; nos prestan así un gran servicio, pues sus pichones exigen un alimento suave y, con este motivo, da gusto ver a los padres registrando las plantas en busca de larvas y crisálidas que cogen en el pico, y reducen a papilla para dar de comer a sus tiernos hijos, convirtiéndose así en guardianes gratuitos de nuestras plantas.

EL COLIBRI

POR KIMBALL CURÚ

Pareciera que este diminuto y lindo pajarillo no tuviese enemigos; ¡es tan pequeño y tan inofensivo!; pero no puedo asegurarlo. De lo que sí estoy seguro es de su valentía y de su amor por sus pequeñísimos pollitos.

En el solar de mi casa provinciana, en un mirto, tiene su nido. ¡Es precioso este nido! Está hecho de fibras de algodón que ha recogido en los algodonereros silvestres, cuando sus frutos desbordan al sol su suave y copiosa pelusa blanca. Por dentro está forrado con lanas de árbol y con algunas plumitas suaves; por fuera está recubierto con líquenes y musgos, quizá para que no atraiga mucho la atención y se confunda con las ramas de los árboles. El colibrí hace su casita con primor que encanta. El colibrí les da a sus pollitos un nido confortable.

Hasta hace pocos días en el nido sólo había dos huevos blancos, pequeños, alargados y de cáscara muy fina. Ahora hay una pareja de colibríes feos, sin plumas. Estaba en el mirto observándolos cuando fui sorprendido por los padres. Revolaron inquietos por los limoneros y los granados cercanos. Lanzaron agudos silbidos. Se atrevieron a venir a posarse en el mirto y erizaban su plumaje verde bronceado, fieramente, con toda la intención de alejarme de su nido. Me bajé del mirto; me oculté y entonces se tranquilizaron.

Otras pruebas de valentía del colibrí: se posa en los alambres donde se pone a secar la ropa, a pocos pasos de mi madre o de mis hermanas; un día de estos vino a bañarse en la pila donde beben agua las vacas, que estaba rebosante; se baña poco más o menos como las golondrinas: sin parar el vuelo se metía en el agua, rompiéndola en temblores de oro, y después de cada zambullida se posaba en las

ramas sin hojas de un anono, sacudía sus brillantes y húmedas alas y lanzaba su agudo silbido, en medio de la calma del medio día.

Vuela el colibrí por los jardines y por las selvas chupando la miel de las flores. Pero su principal alimento son los insectos. Revolotea sobre las telarañas recogiendo moscas, zancudos y otros insectos aprisionados en las sutiles redes que fabricó la araña. ¡Landronzuelos! Aunque tal vez la araña, si nos oyera, podría decirnos que el colibrí es su invitado y que se come las sobras de su banquete de insectos.

Pero las plantas lo quieren como a un hermano mensajero de dichas. En sus constantes visitas a las flores recoge en su cabecita y en los bordes de su largo y fino pico, el polen de los estambres y lo transporta a largas distancias: a 2, o 3 kilómetros, de una flor a otra.

La familia de los colibríes es muy numerosa. En nuestro país hay 60 clases. Una de estas tiene el lindo nombre de "Ninfa del Bosque Costarricense"; el color de su plumaje es verde metálico con una mancha azulada en el pecho.

Viven los colibríes en todo el país. Unos, en las playas de ambos mares; otros se encuentran en las mismas cimas de nuestros volcanes más elevados. Viven unos en la soledad de la selva centenaria; otros en los jardines públicos de las ciudades. Anidan en las ramas de los árboles poco elevados, en los arbustos, los naranjos, limoneros, rosales y helechos.

¿Y qué colores no tienen sus plumajes? Hermanos de las mariposas y de las flores, pareciera que se han esmerado en escoger para sus plumas los más lindos colores en un joyero de piedras preciosas!

Nidos de pájaros de Costa Rica

POR KIMBALL CURÚ

Así como las casas en que vivimos no son todas iguales, así también los nidos de las aves no son todos iguales. Hay muchos nidos interesantes y curiosos, ya por la manera como fueron fabricados por sus dueños, ya por la forma que tienen o por el lugar en que están colocados.

Aquí tenemos el simpático zoterrécito, que los sabios llaman "troglodytes" palabra que significa "habitantes de las rocas"; y es que el zoterré nidifica con frecuencia en los agujeros de las rocas. Pero también lo hace en los huecos de las paredes o en las hendiduras de los árboles podridos. Este pequeño habitante de las cavernas a lo que parece comienza a civilizarse: cuando se le proporcionan cajoncitos en las paredes de nuestras casas, anida en ellos. Por un agujerito pequeño practicado en uno de los lados del cajón introduce el zoterré pedacitos de ramas de ciprés y de otras plantas que le sirven de soporte para su nido, el cual fabrica en una esquina del cajón. Lo hace con blandas plumas de gallina, fibras de plátano, crines de caballo, y cuanto material fino y abrigador logra conseguir en su búsqueda. Tiene el zoterré una curiosa costumbre y es la de poner en su nido escamas de culebra encontradas en sus excursiones. Dinos, troglodytes, pequeño habitante de las cavernas, ¿para qué pones en tu nido tan extravagante adorno?

Este es el carpintero; el pájaro carpintero, el de la boina colorada: con su pico puntiagudo y filoso agujerea el tronco de los árboles para hacerse su casita. Cuando está trabajando en una rama seca, el golpeteo de su pico, que puede oírse a centenares de metros, nos recuerda el ruido de un hábil mecanógrafo atareado con su máquina. El agu-

jero que hace, proporcionado al grueso de su cuerpo, penetra en el tronco del árbol, torciéndose hacia abajo y ensanchándose, de manera que el pájaro pueda dar vuelta en su interior y acomodarse con facilidad en el fondo.

Este otro es el tijo-tijo, zopilotillo o tinco, que de las tres maneras se le nombra. Nunca está solo, el muy tímido; se le vé en grupos de 8 a 10. Los tijos de un grupo duermen en una misma bejucada, y por las mañanas se posan a poca altura del suelo a recibir el sol. Para anidar escogen una espesa enramada baja y allí hacen su nido: ancho como un plato, redondo por debajo y voluminoso, a veces uno lo llega a confundir con el nido de una ardilla. Está hecho con ramitas secas cubiertas por encima con hojas verdes. ¿Y por qué no con hojas secas? Es que las hojas verdes, al fermentarse y podrirse, producen calor, que es útil para la incubación de los huevos. Porque los huevos del zopilotillo son relativamente grandes y en número de 8 a 10; y hasta 14!, y un solo pájaro no los podría cubrir.

Corrientemente dos o más hembras ponen en el mismo nido, y hasta en esto son hermanables, pues no es raro ver dos madres a la vez echadas una al lado de la otra para calentar los huevos de la postura común.

Como las golondrinas y vencejos son tan buenos voladores, colocan sus nidos a grandes alturas: en los campanarios de las iglesias, en los muros de los edificios, en las peñas escarpadas de las montañas. Son viajeros incansables; vuelan sobre los mares y los continentes, recorriendo enormes distancias y siempre anidan en el mismo sitio donde lo hicieron el año anterior; a veces ocupan el mismo nido, reparándolo ligeramente.

¿Quién no conoce al pequeño comemaíz? En los solares, en las huertas, en los potreros tiene su nido; emplea para hacerlo paja, zacate, crines, plumas; cuando la oportunidad se le presenta se aprovecha de otro nido viejo, pero no lo ocupa tal y como lo encuentra, sino que siempre se preocupa por reconstruirle el tapiz interior, afirmando con esto su calidad de dueño y no de simple inquilino.

En los meses de abril, mayo y junio, la verde-amari-lla cazadora vuelve de las costas a donde ha ido a veranear. Anda atareada porque está construyendo su nido. Elije pa-

ra colgarlo, los cafetos y otros arbustos. Fabrica su lindo nido colgado de las horquetas de las ramas a manera de canastilla; lo hace con fibras de plátano que entreteje hábilmente con el pico, pasándolas por encima y por debajo de las ramas hasta llegar a formar una especie de canastilla, suspendida por los dos brazos que forma la horqueta. Por dentro, el nido está tapizado con fibras más finas y blandas, pero siempre entretejidas con igual arte.

El pájaro bobo, no es tan bobo, por lo menos para hacer el nido de sus hijos. Escoge los paredones de los caminos o los barrancos de los ríos y allí, con su pico largo, que tiene un diente en el extremo, hace agujeros profundos, hasta de dos y tres metros de longitud, en posición horizontal; al terminar el túnel lo ensancha de modo que los huevos queden depositados en el fondo, y resguardados contra los animales que pudieran atacarlos. En estos nidos oscuros de los bobos se encuentran siempre restos de insectos, hojas podridas, plumas; todo lo cual con la humedad hace que se desarrollen muchos gusanos, que probablemente le sirvan al bobo para alimentar a sus pichones. De todos modos, la casa del bobo no brilla precisamente por su limpieza ni por su elegancia.

En contraste con el nido del bobo, oscuro, metido bajo la tierra, conozcamos la casita del pequeño paquiranfo, este pájaro chico, de modesta pluma sin nada de brillo. Aunque pertenece a una familia muy alborotadora, el paquiranfo, por callado, pasa desapercibido. Construye su nido en los guayabos de los potreros y tiene cuidado de colocarlo junto a algún panal; así sus pichones están bien protegidos pues, ¿quién se va a atrever a tocar el árbol donde está el nido del paquiranfo? Su casita está hecha de fibras y de pajas muy abrigadita contra el viento y el frío; visto por fuera parece una cabeza de niño.

Para entrar a su nido redondo el paquiranfo le deja a un lado, en el centro, un agujerito que le sirva de puerta. Por dentro está tapizado de finas fibras que lo hacen muy blando. ¿No es cierto que el paquiranfo tiene una casita graciosa y cómoda y muy bien resguardada?

Y ahora estos otros nidos: los de las oropéndolas. Cuando las oropéndolas están anidando ¡la algazara que

hacen!; despliega toda la colonia gran actividad: se cuelgan de las patas, como gimnastas ejercitadas; vuelan de una rama a otra; se desprenden, bulliciosas, hacia el suelo; echan a volar en grupos; vuelven al árbol; difícilmente podrá observarse una colonia de obreros más activos y alegres que las oropéndolas cuando nidifican.

Pareciera que todas se felicitan entre sí porque van a ocupar casas nuevas.

En un mismo árbol llegan a fabricar hasta 200 nidos, cada uno como de un metro de largo por unos veinte centímetros de ancho en la base. Estos nidos están tejidos con resistentes fibras de plátano, con cáscara de burío o de otras plantas fibrosas que les proporcionen buen material para sus casas aéreas, que han de resistir las oleadas del viento.

Cuando las oropéndolas están tejiendo su nido caminan por todo lo largo de la bolsa colgando de las patas; con el viento se columpian y por esto los españoles les dieron el nombre expresivo y característico de "péndolas de oro"; el café oscuro de su cuerpo se confunde con el color de los nidos, pero el amarillo vivo de la cola se destaca y hace la ilusión de que el ave colgada de su nido es un verdadero péndulo dorado que se balancea en las ramas del árbol.

En la región cálida del Atlántico forman verdaderas colonias a 20, o 30 metros de altura, en los árboles de surá. En el Pacífico prefieren las oropéndolas las palmas de coyol para colgar sus nidos, que así quedan protegidos tanto por la altura de la planta como por sus espinas. Cuando cuelgan sus nidos de los altísimos pejibayes estas esbeltas palmeras parecen entonces como gigantescos candelabros.

La coincidencia casual de que algunos campesinos hayan encontrado en los nidos de las oropéndolas pequeñas serpientes venenosas, como por ejemplo, la bocaracá, ha hecho crear a la fantasía de las gentes que las oropéndolas ponen tres huevos y que de uno de ellos nace una serpiente. Otros dicen que uno de los huevos de la postura es llevado al mar por las oropéndolas, echado a las aguas y que de allí nacen las serpientes de mar. Pero todo esto no es más que fantasía y falta de observación de la vida de estas aves.

Este personaje un tanto lúgubre, es el cuyeo, al cual la fantasía popular le ha inventado muchas leyendas. Su

nido no tiene nada de particular: escoge los matorrales y, en el suelo, sobre unas pocas hojas secas pone sus huevos. ¡Ah, pero cuando uno encuentra anidada una de estas aves, la hembra rueda por el suelo, como si tuviera las alas rotas; esto lo hace para atraer la atención del perseguidor y alejarlo tanto como pueda del sitio donde están incubándose los huevos, siguiendo así el impulso del amor materno que protege la vida de los hijos a costa de cualquier sacrificio.

TIO CONEJO Y TIA BOA

POR MARÍA NOGUERA

Tío Conejo estaba muy preocupado porque era la tercera vez que había estado en un así de que se lo echara de un bocado tía Boa. La había encontrado hecha una espiral entre el zacatito verde en donde él acostumbraba cenar, y creyéndola dormida no le hacía caso, pero cata que de pronto tía Boa se desenrollaba como por resorte y si no hubiera sido porque tío Conejo tenía buenas piernas, se lo habría tragado.

Se puso a pensar y va de pensar cómo haría para matarla; era tan larga, tan gruesa, que de sólo verla le temblaba el cuerpo. Al fin le vino una idea. Tomó un saco de tela gruesa y se encaminó hacia la casa de tía Boa. Ella vivía en el hueco de un tronco carcomido de un viejo espabel que daba sombra a un ojo de agua. Como si fuera con alguien, al acercarse al árbol tío Conejo se puso a decir, primero en voz alta, y luego en voz más baja, diferente a la suya:

¿A que alcanza?
¿A que no alcanza?
¿A que alcanza?
¿A que no alcanza?
¿A que sí?
¿A que no?
¡Apostemos que sí!
¡Apostemos que no!
¡Hombre, que sí alcanza!

Hombre que no seas maceta, que tía Boa es más lar-

ga que un camino y más gruesa que ese espabel; yo apostaría mi cabeza a que no alcanza.

Pues yo digo que sí alcanza.

Al decir la última frase iba llegando tío Conejo a la casa de tía Boa, la cual dormía y a las voces se había despertado. Por fortuna estaba de buen humor, pues tenía en la panza un cariblanco que había bajado al ojo de agua; así es que estaba haciendo la digestión. Asomó la cabeza por el hueco y como viera a tío Conejo, le preguntó:

¿Idiay, hombré, qué es esa algazara que traés, que me has despertado?

Pues, señora, vaya viendo que ese porfiado de mi hermano (al mismo tiempo indicaba con el dedo detrás del árbol, hacia unos matones, como si allí estuviera escondido el supuesto hermano) dice que apuesta a que Ud. no alcanza en este saco (mostró a la vez el saco a tía Boa) y yo le digo que apostemos a que sí alcanza.

Abre la boca del saco, dijo tía Boa, para acomodarme dentro, así se convencerá ese porfiado, y tú ganarás la apuesta.

Tío Conejo, mientras tanto, decía para sí: ¡Ay, María Santisimita, que no le den ganas a tía Boa de comerme. Le temblaba todo el cuerpo, pero logró serenarse y abrió el saco, acomodándose en él la tía Boa perfectamente. Sin pérdida de tiempo, tomó tío Conejo una cuerda que llevaba en el bolsillo, amarró con un nudo ciego la boca al saco y de un empujón lo echó al río.

HORMIGONES

POB J. GARCÍA MONGE

Aquí, a mis pies, debajo de este asilo en que vivo, unos hormigones rojos han establecido una colonia numerosa.

Seguramente ellos la pasan bien por acá y por lo mismo yo nada les hago, los veo no más.

Son los enemigos, pero yo los miro con simpatía; para mí son los compañeros que tengo. Los conocí en el campo. Entonces me hicieron muchos daños; en pocos días me destruyeron unos arbolitos frutales extranjeros que estimaba mucho. Sin embargo los perdoné.

Más bien sentía complacencia en mirarlos en inquieta caravana interminable, a través de la calle y del potrero en donde habían hecho su vivienda. Un trillo relativamente ancho servía para que por él trajinaran día y noche centenares de hormigones rojos.

Estos hormigones, mis compañeros, son muy voraces. Si boto unas pasas o unas cáscaras de banano, pronto se cubren de hormigones que las desmenuzan y se las llevan a sus escondrijos.

Tienen dos entradas a sus dominios, abiertas entre las grietas que dejan al juntarse dos de las piedras de granito que forman el cordón de la acera. Por lo visto, la colonia cada día se ensancha más, porque casi todas las mañanas, al borde de ambas entradas, amanece un montoncito de tierra arcillosa y rojiza, que el aguacero de la tarde lava por completo.

En los amaneceres brumosos de este invierno húmedo y aflictivo, algo extraordinario pasa en la colonia, porque se alborota y en mayoría sale de sus dominios subterráneos. Entonces los hormigones, con alas unos, sin ellas otros, se colocan en el marco de la puerta de mi pieza y forman una movable mancha rojiza. Allí se están en activo mitin hasta que los rayos del sol quemante de la mañana, los obliga a meterse otra vez en su casita.

El Colipato Verde

POR KIMBALL CURÚ

Sobre los techos de las casas de mi vieja ciudad, toda la mañana ha estado pasando una nube de colipatos, unos verdes, otros color café. ¿Hacia dónde van? ¿De dónde vienen? Todavía no se sabe el punto de partida ni el lugar de destino que tienen estas volanderas, entre las más volanderas, mariposas.

Dicen que es casi seguro que vengan de los bosques vírgenes; de nuestros grandes bosques vírgenes situados al Suroeste del país. Allí en plena selva, en el follaje de los grandes árboles, deben de tener su refugio y su alimento.

Como en un lindo cuento de hadas, estas verdes mariposas se diría que son el alma ver de la selva que se fragmenta y que a veces se lanza alocada en busca del lejano encanto del mar. ¡¡Allá va la nube brillante de colipatos, volando contra viento!, ¿a dónde? Vuelan y vuelan, de Oeste a Este. A veces los collados, o los valles, o los caminos, o las calles de una aldea, o las de una ciudad que encuentra a su paso desvían a las mariposas, momentáneamente, de su dirección.

Pareciera que nada las retiene: ni las orillas del riachuelo sombreado por verdes cañas, ni los callejones semioscuros y olorosos a uruca florecida, ni las extensiones de verdes pastos, ni los huertos, ni los jardines, ¡nada, nada! Vuelan, vuelan siempre contra el viento, de Oeste a Este, hasta que, agotadas sus fuerzas, caen y mueren una a una. Vuelan en nubes cuya anchura puede calcularse en unos 10 kilómetros; vuelven a una elevación que varía desde 1 metro a 7 metros. Su vuelo es rápido, zizagueante; salvan los obstáculos con mucha ligereza; por eso, si no están cansadas, son difíciles de cazar con una bolsa o de alcanzarlas con una rama. Cazar una colipato con bolsa es una hazaña de destre-

za en el cazador de mariposas. En una hora de vuelo continuo pueden recorrer una distancia de 15 kilómetros. El colipato verde vuela durante todo el día, desde, desde que clarea hasta ya entrado el crepúsculo. El colipato color café aprovecha para volar las horas de sol.

¿Qué regiones del país no recorren estas verdes mariposas errantes? El viajero las ha encontrado al Sur de las montañas de Candelaria; en los cerros de la Carpintera; cercanas a la cima del Irazú, ¡a 3 mil metros de altura sobre el nivel del mar!

En el año 1924 hubo una nube de colipatos numerosísima, que se dirigía del Río Grande de Tárcos hacia la costa del Atlántico. A la nube pasó por Limón y los pasajeros del barco "Cabina" encontraron colipatos internados en el mar, al Este del puerto, y a una distancia de unos 175 kilómetros.

¡Colipatos a 3 mil metros sobre el nivel del mar, casi en la cumbre del Volcán Irazú! ¡Colipatos a 175 kilómetros de la costa! ¿No es prodigioso que tan pequeñas y delicadas alas puedan hacer un esfuerzo semejante?

Parece que estas mariposas se proveen del alimento necesario antes de emprender su último vuelo; por eso no se detienen, como otras, sobre las flores, ni a la orilla de los depósitos de agua, a comer y a beber; pero una vez agotada su provisión de alimento se debilitan y la muerte pone fin a su viaje que ha durado alrededor de unos siete días.

¿No es verdad que resulta interesante saber todas estas cosas del colipato? Yo las aprendí leyendo un trabajo del naturalista señor Guillot. Por cierto que en ese trabajo dice que la oruga, la crisálida y la planta de que se alimenta el colipato azul son todavía completamente desconocidas. Si alguno de ustedes, amigos y amigas, llega a conocerlas o a saber algo de ellas, podría informar lo que sepa a don Rubén Torres Rojas, a nuestra Universidad. Don Rubén como el señor Guillot, se dedica al estudio de las mariposas y agradecería cualquier informe que al respecto quisieran darle; además si quieren saber de las mariposas de Costa Rica, nadie mejor que don Rubén podría decirles muchas cosas interesantes.

Procuren los niños, hacerse amigos de los hombres

que estudian las cosas de nuestra patria porque "sólo conociéndola se aprende a quererla de verdad."

Como en un cuento de hadas, ¿cuál de ustedes será el que emprenda el viaje a la selva virgen en busca, no del árbol que canta, ni del pájaro que habla, ni del agua de oro, sino de estos otros tres misterios: la oruga, la crisálida y la planta de que se alimenta la hermosa colipato verde?

LAS LUCIERNAGAS

POR JORGE SÁENZ CORDERO

Surgen fosforescentes en la noche callada dejando vagamente la senda iluminada: En danzas caprichosas de loca fantasía, vienen a ser fugaces, pequeñas, rutilantes, como lluvias de chispas escapadas del día, o profusos destellos de perdidos diamantes.

Ved como sobre un árbol han tendido ilusorios puntos de viva luz. Brilla todo el ramaje, cual si hubiera caído sobre él un raro encaje labrado en las tinieblas con blancos abalorios.

Son hijas de la noche; partículas de estrella caída en los campos alguna noche bella.

LADRONZUELOS

POR VIRGILIO CAAMAÑO

Antonio había oído decir que los monos cariblanco eran muy buenos tapiscadores; quiso convencerse, y se escondió detrás de un matorral, cerca de la milpa.

Era una manada de ocho cariblanco; cayeron a la milpa por un portillo de la piñuela; uno de ellos se quedó atisbando desde las cumbres de un carboncillo.

Quebraron unas cuantas matas; cada uno cogió dos mazorcas, las mancornó por las tusas, se las echó al hombre y zafó por el portillo a comérselas a un tacotal vecino. El mono espía se bajó y los compañeros lo convidaron.

El mono vigilante, cuando ve que alguien se acerca, da agudos chillidos para que sus compañeros se escapen por donde mejor puedan, pero si son sorprendidos, no sólo no lo participan de lo robado, sino que lo muerden y lo apartan de la manada, en castigo de su descuido.

El mono cariblanco es muy gracioso y domesticable; come frutas, mieles, insectos, de todo lo que encuentra.

Es divertido ver a los pequeñines miedosos, cómo se aseguran en las espaldas de las madres que, ágiles, saltan con ellos de rama en rama.

Los maromeros enseñan a los cariblanco a hacer piñuetas para diversión, en sus circos; pero para enseñarlos los maltratan cruelmente.

Garretas de mi país

POR CARMEN LYRA

De los bosques que pueblan el volcán Poás sacan los troncos de árbol ya cuadrados, que luego los aserraderos del valle pintoresco que llaman "Los Bajos del Toro" dividen en tablas y vigas.

Cuando la madera está lista, entre hombres y bueyes la sacan subiendo y bajando por aquellas estribaciones y dejan gran parte de la carga en la población de Sarchí, en donde se ha desarrollado en torno de esta madera, una industria que ha tenido mucho auge en el país: la fabricación de las llamadas "sillas de Juvenal", que han inundado a Costa Rica, y la de las carretas de Chaverri, sin rival en nuestra tierra.

Juvenal Alfaro ha sido el iniciador y mantenedor de la fabricación de las sillas en Sarchí; son esas sillas amarillas de gran duración, con el respaldo de barrotes torneados y de asiento redondo que se encuentran en todos los rincones de Costa Rica.

Hace quizá más de medio siglo que a un trabajador de la provincia de Alajuela, llamado Fructuoso Chaverri, se le ocurrió aprovechar la madera de los bosques de su provincia, y aprovechó las inquietas aguas del valle de los "Bajos del Toro" para mover sierras que alistaran madera destinada a construcción y ebanistería.

En Sarchí inició la fabricación de sus famosas carretas de armazón de danto, chirraca, y guayacán y ruedas de amarillo y sonoro lagarto o de durable caoba. Lo que al principio fuera una empresa primitiva, se ha ido transformando con el tiempo, y las máquinas movidas por un motor eléctrico han reemplazado el trabajo a mano. Fructuoso Chaverri y su hijo han ido perfeccionando poco a poco sus instrumentos, y desde hace tiempo el laborioso anciano dejó de im-

portar las ruedas de una sola pieza, porque su ingenio inventó las ruedas de 16 cuchillas.

Yo nunca me hubiera imaginado que la vanidad humana pudiera llegar hasta una carreta. Las he visto y las he oído traquetear por muchos años por las calles y caminos de mi país, sin ponerles mayor atención. Ha sido preciso que me interesaran en la ornamentación de nuestras carretas, que fuera a Sarchí, para que me diera cuenta del papel civilizador que juega y ha jugado la carreta en nuestro pueblo y de la importancia de la rueda en el progreso humano. Dicen que cuando Cristóbal Colón descubrió América, no había una sola rueda en el Nuevo Mundo.

La fabricación de carretas ha decaído con el uso del automóvil, pero como todavía abundan en Costa Rica los malos caminos, se puede asegurar que la desaparición de la carreta no está próxima. En donde el automóvil se atasca y queda fuera de servicio, la carreta sale victoriosa a pesar de su pesadez y torpeza aparentes.

Un hijo de Fructuoso Chaverri, quien ha secundado el esfuerzo de su padre, nos llevó a un cobertizo vecino al taller, en donde están las carretas que se acaban de pintar, las que van a ser pintadas, y también las que hay que lavar y pintar de nuevo.

Hay ahí una carreta que tiene por lo menos 35 años de uso, pero todavía entera y fuerte.

El hijo de Chaverri me dice con orgullo que fué construída en su fábrica. Luego me entero de detalles muy pintorescos como éste de que las carretas más buscadas son las que meten más bulla. Los boyeros fantasiosos, piden siempre carretas de ruedas de sonora madera de lagarto, carretas que "golpeen bonito", mientras que los previsores compran carretas de ruedas de caoba, que duren mucho. Para los primeros, la fábrica de Chaverri tiene carretas de ruedas de madera muy seca que vibran como cajas de tambores antes de herrarlas.

Me contaba un muchacho que en una ocasión un fulano pagó por una carreta donde Chaverri, 242 colones y que "golpeaba tan bonito", que en Alajuela le ofrecieron 300, y no quiso darla. Bajo este cobertizo encuentran los ojos una mezcla de colores y dibujos que ponen contento en el espíritu, un

contento fresco y sencillo como el que se experimenta en las orillas de un ojo de agua en la montaña o ante un campo esmaltado de flores silvestres. En los colores y decoraciones de tableros de carreta, ruedas y yugos, pareciera que sale a la luz la alegría escondida en el alma del pueblo nuestro, tomada de la belleza del paisaje. Es una ornamentación en la que aparecen la música y la danza que casi no ha tenido nuestro pueblo.

Dicen que en todo América, el único país que pinta y decora las carretas es Costa Rica.

En México en donde el pueblo pone arte hasta en las cosas más humildes, la carreta va por los caminos fea, y tosca, dando tumbos como un sapo gigantesco. La decoración de carretas es la única manifestación artística propia. Si no fuera por esto se podría creer que el pueblo costarricense ha sido más bien indiferente a las artes; ni música, ni danza, ni cerámica, ni escultura, ni pinturas criollas. No contamos el arte indígena, porque en Costa Rica casi no hay sangre india.

El artista decorador en la fábrica de carretas de Chaverri en Sarchí, es un mozo que se llama Urías Céspedes. Me decía que él goza mucho pintando carretas y aún cuando la mayor parte de los motivos los saca de su cabeza, la hoja, el zarcillo, la flor, la mariposa, le ofrecen sugerencias. Acababa de pintar una carreta: sobre el fondo gris, giran guirnaldas verdes en torno de los ramilletes que recuerdan los cardos morados. Había otras sin terminar: una carreta alegre que irá llenando de ruido los caminos con las bulliciosas ruedas de lagarto y su traje bermellón; en las ruedas hay una fantasía geométrica en la que predominan rombos azules y triángulos verdes; otra de las carretas es una fiesta campestre en la que sobre un campo claro, el azul cobalto, el morado y el amarillo se entrelazan, danzan, suben en espiral, se arremansan o estallan en hilos de estrellas. Y en todas partes el blanco y el negro poniendo de relieve las figuras. Los caminos se endomingan con estas carretas de ruedas vocingleras en las que giran estos abigarrados dibujos que recuerdan aquellas rosas de los vientos que venían en los mapas antiguos.

Hay un yugo que pierde su aire pesado con la orna-

mentación de hojas y flores que luce en el frente. Los bueyes que inclinan la cerviz bajo él, parecerá que van coronados de flores y enredaderas a la procesión de San Isidro Labrador.

¡Que milagro realizan Urías y todos los decoradores de carretas del país: los de Puriscal, los de la Uruca, de Desamparados, de Escazú, de Tejar de Cartago! Por medio del color y de la línea transforman esta cosa basta, pesada, tosca, que es una carreta, en un mueble lleno de gracia y juventud.

Me vine pensando en lo que yo gozaría viendo salir, tirada por una yunta de bueyes negros, o bayos, o alazanes, robustos y sin tórsalos y en una mañanita de verano, una carreta nueva, recién pintada de color bermellón sobre el que se destaca el mosaico de brillantes colores de los tableros y el caleidoscopio de las ruedas que giran y llenen del canto del trabajo los caminos de Costa Rica.

OBSERVAD LA HORMIGA

POR JORGE SÁENZ CORDERO

Observad la hormiga que va con su miga de pan.

Por sendas torcidas van todas unidas con un sólo afán. Caminito arriba, caminito abajo, nos dan una viva lección de trabajo. Como peregrinos que van hacia un templo de amor y piedad; por nuevas veredas y viejos caminos nos brindan su ejemplo de fraternidad.

Las dulces hormigas que van con sus migas de pan, o su grano de arroz, vienen y se van; más se van en fila bajo la tranquila mirada de Dios.

Lo que contó una teja de barro

POR ROSA CASTRO CH.

En las noches tranquilas y claras cuentan las tejas de todos los tejados, historias raras y divertidas. Una de esas historias os voy a contar; la oí cierta noche de luna clara, cuando en silencio todas las tejas escucharon a otra tejita que se levantó y dijo:

—Bueno, hermanitas, ya os he oído contar muchas bonitas y raras historias; cerca hay un niño que nos escucha con atención; por eso en voz alta quiero contar de dónde venimos y lo que somos.

Las demás tejas entusiasmadas, a coro dijeron:

—Cuéntalo, cuéntalo, así tal vez ese buen niño quiera traernos más hermanitas. Y muy complacida a la teja empezó a contar:

—Yo era un poco de arcilla oscura que pasaba, sucia y perdida allí en el suelo; de vez en cuando me daban un fuerte golpe. Estaba muy triste, deseaba que me llevaran de allí y por eso a veces quería pegarme en algún zapato, más todos me despreciaban.

Hasta que, un día, un campesino me miró al tropezar conmigo y me recogió; me dió vueltas y más vueltas, y me echó un poco de agua; ya entonces quiso hacerme bonita, y me abrazó bien a un molde que me dió la forma que vosotros me véis. Pero yo sentía frío y estaba muy débil; entonces el trabajador me llevó a un horno, con otras compañeras, y pronto sentimos un calorcito que nos fortaleció y nos dió color. Cuando salimos del horno éramos ya unas señoritas tejas. Llegó un día un señor constructor que nos compró y nos colocó aquí, en la parte más alta de su casa, donde todo lo vemos; y no permitimos que pasen ni el frío ni el viento ni la lluvia al interior de esta casa.

LA LIBRERIA ESPAÑOLA

ES EDITORA EXCLUSIVA DE LOS SIGUIENTES

TEXTOS ESCOLARES:

EL SILABARIO COSTARRICENSE

Prof. Napoleón Quesada

NUESTRO LIBRO DE LECTURA (GRADOS II A VI)

Selecciones Personal Docente de San José

MI PEQUEÑO MUNDO (II GRADO)

LEER Y HACER (III GRADO)

PATRIA GRANDE (IV GRADO)

Lecturas Centroamericanas

MADRE AMERICA (V GRADO)

LA TIERRA Y EL HOMBRE (VI GRADO)

NUESTRO PAIS (III A VI GRADOS)

GRAMATICA CASTELLANA

Prof. Napoleón Quesada

GRAMATICA CASTELLANA

H. Zamora Elizondo

CENTRO AMERICA

HISPANO AMERICA

ESPAÑA

Prof. Samuel Arguedas

GRAMATICA CASTELLANA

Prof. Moisés Vincenzi

LA ENSEÑANZA DEL ESTILO >

LA ENSEÑANZA DE LA ORTOGRAFIA >

ENSEÑANZA DE LA MORAL EN LA

ESCUELA ACTIVA >

GUIA DEL MAESTRO COSTARRICENSE >